

ESTACÍON

Vicente Gallego [3] Luis Alberto de Cuenca [5] Sandro Luna [6]
Juan Lamillar [7] Francisco Socas [8] Francisco Barrionuevo [10]
Antonio Praena [11] Beatriz Hernanz [12] Juan Carlos Sánchez
Fernández [13] Aitor Francos [14] Antonio Díaz Mola [16] María
Eugenia Motilla Serrano [17] Claudina Domingo [21] Manuel
Parra Aguilar [22] Lorena Huitrón [23] Manuel Becerra [24]
Dalí Corona [25] Inti García Santamaría [26] Audomaro
Hidalgo [27] Manuel Iris [29] Verónica G. Arredondo [30] Luis
Eduardo García [32] Ana Corvera [33] Miguel Ángel Ortiz [34]
Mariana Pérez Villoro [35] Christian Peña [37] Ingrid Bringas [38]
Armando Salgado [39] Karen Villeda [40] Fernando Trejo [42]
Elisa Díaz Castelo [43] Marco Antonio Murillo [45] Aurelia Cortés
Peyron [46] Sergio Pérez Torres [48] Yelitza Ruiz [49] Emiliano
Álvarez [50] Arturo Loera [51] César Cañedo [52] Carlos Rodríguez
Delgadillo [53] Ángel Vargas [54] Merari Lugo Ocaña [55] Yaroslabi
Bañuelos [57] Nadia López García [59] Orlando Mondragón [60]
Estefanía Arista [61] Eduardo Moga [64] Manuel Carbajosa
Aguilera [65] Teresa Gómez [66] Florencio Luque Alfonso [68]
Juan Pablo Zapater [68] Susanna González Turigas [70]

Vicente Gallego

LA AMIGA DE LOS PÁJAROS

Se ha sentado en un banco
con sus ochenta años bien cumplidos,
pero les echa migas
de su pan todavía a las palomas,
y agita sus pulseras
mientras paso a su lado, se diría
que la vieja está loca,
tan feliz, solitaria, tan pintados
los labios ya marchitos, y ella hablándose
con pájaros que son como sus nietos:
«La abuela os dará luego la merienda
cuando vuelva esta tarde,
¡pero no os peleéis, que dios no quiere!»,
y mis pasos se aquietan,
voy cobrando la vista,
me adentro en el hechizo luminoso.

Buenos sueños tengamos,
pero yo no merezco este clarísimo
de la sombra del olmo bajo el sol,
del aroma del aire,
de la vieja que ríe y se desprende
de sí como de un manto,
y empieza a perseguir a una paloma,
y la veo desnuda y es la pura
juventud de la vida
la que así se derrocha y contonea

corriendo medio a rastras
detrás de la blancura de unas alas.

Otros quizá pensasen: «¡Qué penita,
qué malo es cumplir años!».

Vosotros sed más finos, ya lo veis
que al reírse despliega la mañana,
que al oírla de pronto me parece
todo muy poca cosa, envejecer,
morir, volverse loco,
porque acabo de ver que la alegría
sólo puede estar loca y a lo suyo
—¡gracias, gracias, amiga de los pájaros!—,
porque he visto que nada tiene nombre,
que estoy amando a ciegas.

Luis Alberto de Cuenca

CREPÚSCULO AMOROSO

Tranquila está la tarde. Tranquila y silenciosa.
Los pájaros se dejan llevar por el ambiente
de paz y duermen ya. Sus hermanas, las flores,
hace tiempo que sueñan. Hay un mundo que gira
alrededor, extenso, variado, con otros
seres que no descansan. Pero cae la tarde
y en tu jardín los pájaros duermen, como las flores,
mientras la oscuridad va ensanchando su reino
a costa de la luz. El tiempo y el espacio
son mis cómplices hoy, por más que se me escape
una furtiva lágrima, casi donizettiana,
que resbala hasta el suelo y lo humedece un poco.
Y si tiempo y espacio son miembros de mi tribu,
es que existe el milagro, y eso en este crepúsculo
con pájaros durmientes y flores soñadoras
merece recordarse por medio de estos versos
que, como siempre, evocan un tiempo y un espacio:
los nuestros, amor mío.

A bordo del yate *Bleu de Nîmes*,
frente al hotel Pitrizza (Cerdeña)
12 de agosto de 2021

Sandro Luna

FUERZAS

A Raúl Pizarro

Nada llevan mis manos más que polvo,
corazón, sal del mundo.
Y vivo de relámpagos,
de fuerzas inconexas que coinciden
en una coordenada
extraña y azarosa
que Dios puso en mi órbita
para que yo me viera
llevado por las venas
de la electricidad
como imposibles soles que se abren.

Para morder el polvo,
a eso he sido llamado.

Y baila para nadie
mi vida enamorada.

Juan Lamillar

NATURALEZA MUERTA

Cosas que se han parado en un instante,
acariciadas por el tiempo inmóvil,
y en este instante como si fuera un siempre
van a permanecer ante los ojos
extraños que las miran.
Vanidades dispersas sobre el lienzo,
qué ejemplos dan
del tiempo al mismo tiempo
pasando y detenido.
Calculado anticipo de la muerte,
conjunción de reloj y calavera,
discurso mudo, levantada sombra,
es la mirada la que desordena
esta cruel geometría,
los mensajes simétricos del miedo.
Ante este fondo de reflejo oscuro,
sobre el mantel de un rojo que se pierde,
en un rincón la fruta
comienza ya a pudrirse,
y en esa podredumbre detenida
la encontrarán mis ojos
muchos años más tarde,
si es que vengo de nuevo
a enfrentarme a este espejo barroco,
con su luz cenicienta,
con su azogue dormido.

Francisco Socas

CINCO EMBLEMAS MITOLÓGICOS

La esfinge

El caminante rencoso mi enigma
creyó que con destreza resolvía.
Se le escapó que el fácil acertijo
suplantaba al misterio verdadero,
y el animal de patas sucesivas
ya nunca oír la voz de su destino:
quedó despeñada en el barranco,
allí donde brama mi silencio.

Minotauro

No te engañes, Teseo:
la cabeza de toro
es tan solo un adorno;
mi parte más temible
contigo la comparto.

Ícaro

Qué me importa caer si con un dulce
sabor de libertad en las entrañas
recorrí la pradera azul del cielo
y escapé del oscuro laberinto.

Ulises

Venid aquí, sirenas que a lo lejos
silbáis la inexorable melodía,
cortad con vuestras garras minuciosas
la soga que trenzó mi miedo
sin saber que Penélope me basta.

Sátiro

Pisa despacio, que la ninfa duerme;
pasa a su lado, no mires su blanco
cuello y menos acaricies sus pies
chiquitos y descalzos; corre lejos
a tus cabras peludas: parirán
para ti satirillos juguetones
y faunesas que aplaquen tu lujuria.

Parcas

Ya vosotros los hombres
no comprendéis nuestros gestos,
—escarmenar, devanar, torcer el hilo—,
y seguíis muriendo sin embargo.

Francisco Barrionuevo

SEPTIEMBRE

No llegará septiembre
porque se vaya agosto.
No será solo forma
ocupando una ausencia.
Llegará porque siempre estuvo aquí.
Te lo dice ya el tiempo que has vivido
a lo largo de años.
Si no llegaran lluvias, aún seguiría lloviendo
y sus noche traerían a los ojos
las primeras tormentas sobre el mar.
Aunque yo no estuviera,
un niño las vería y otra vez
le asombraría su luz indescriptible
en la ferocidad de la ensenada.
Yo andaré por un tiempo que no existe
si septiembre me deja
regresar a mi casa
a dejar un recuerdo del futuro
que esperara su turno un año más.
Y otra vez la tristeza
en días de vendimia nos traerá
la alegre flor del vino.
Y de nuevo las sombras del otoño
serán luz en la piel de los caminos.
El viento llevará como otras veces
flores en la hojarasca.
Y sé que esta tristeza es una regalía
que me concede el tiempo.

Y sabré quién ha muerto
si septiembre no llega.

Antonio Praena

HUMUVIA

No siempre es necesaria la palabra
que define las cosas.
Y menos necesaria la que intenta
la unión de los opuestos.
El olor que desprende la tierra tras la lluvia
estaba ya en la tierra y en la lluvia
y en ninguna de ellas por si sola.
Humuvia lo han llamado,
pero no era preciso.
Tan solo la memoria necesita
respirar su recuerdo,
y a nadie se le oculta
que es cosa del futuro la memoria.
Pues no deseo ya sino que vuelva
lo que una vez olí
sin saber de su nombre.
Y olvidarlo de nuevo
para hacerlo posible.

Beatriz Hernanz

DE CENIZAS SOLARES (CUADERNO SICILIANO)

Y pienso en el viento que trae
mi silencio.
Las nubes negras dibujan sus mapas
en el cielo,
cantan todas las muertes del pasado,
golpean los cristales de esta casa
construida con las luces de la infancia.

Mi vida sola,
recogida en este aire errante del mar,
como la sed del volcán cercano que tiembla.

Noche de viento y silencio, escribe
con olor a estaño triste
las palabras huidas a esta isla cerrada
sobre sí misma.

Pero el negror del mar acuna mi sombra:
yo misma descubro mi ser en lo que falta.

Juan Carlos Sánchez Fernández

HIGHBURY & ISLINGTON STATION

Donde la acera forma un embudo
entre la importante plaza A
y la calle B dirección centro,
hombres azuzados como ovejas
forman fila junto a la calzada,
miedosos del ladrido del tráfico.

O cruzan con aprensión la calle
o desvían el paso o arrojan
migajas al cajón en el suelo,
como niños a un mono de feria.

Cuando la gente abandona A
y por B no circulan los coches,
los cartones descubren la forma
de un animal que se despereza.

Vacía el cajón atiborrado
de monedas menudas que, inútiles,
golpean la noche con estruendo.

Aitor Francos

RECUPERAR LA CADENA DE FRÍO

Mi primera biblioteca cabía
en un viejo frigorífico Zanussi.
Alguien le había extraído
el motor, cambiándole la suerte.
Conservaba, no obstante, una bombilla
de pocos kilovatios
que apenas daba luz,
y no sé si calor.
Los dos tomos de Poe (los de Alianza,
en la traducción de Cortázar), Stendhal
y su *Rojo y Negro*, *El Quijote*, Sartre
(o quizás fuese Kafka)
y *Ficciones* de Borges.
Nada mal para empezar a ser útil,
alejado del propósito
aquel para el cual estaba destinado,
dándole un sentido mucho más práctico
a la literatura;
conservar íntegros a los mejores.

Pensé en incluir un buzón de sugerencias.
Añadir, por si acaso, un gran letrero:
Se admiten donaciones.
Que pareciese un jardín botánico,
en cuanto a variedad.
Y hacer un listado de prioridades,
como quien se prepara

para ir con ello a comprar lo básico
y subsistir lo de una vida entera.

La biblioteca fue creciendo, al mismo
ritmo que lo hice yo,
en círculos concéntricos.

Un árbol de cada especie, uniendo
fuerza; plantas y flores sin padrino,
hojas sueltas, otoño editorial.

En fin, el frigorífico
hacía la función de invernadero:
temperatura ambiente
para que la cosecha fuese fértil.
Los libros con un uso comestible,
alimento diario,
de envase reciclable y digestivo.

Vista ahora, qué simple la metáfora.

Antonio Díaz Mola

LA ESCRITURA POR DENTRO

Te he visto en la prisa
de una estación de bus
a poco de olvidarte las maletas;
y te he visto en el mar
de vacaciones
nadando relajada hasta la boya.

Todas las situaciones
que con palabras juntas
me ayudan a entender
lo que sucede dentro de mí mismo.

Un órgano vital
a modo de tintero:
y mira qué escritura tan profunda.

María Eugenia Motilla Serrano

MEDIR LOS DAÑOS

*Mords sans peur dans cette colline,
Bois cette rivière de vin
Qui, pour nous, sans fin s'illumine.
Nous sommes des dieux ce matin.*
MAURICE CARÊME

*Nur die ich denke: Dich
seh ich nicht.*
RAINIER MARIA RILKE

A mi querido Ilan D. Cattán

Sé que no habrá otra voz, otro gesto, otras manos
de entre todos los cuerpos
que despierten en mí de nuevo
el deseo de las cosas mortales.

Era tarde y no vi caer la noche en el espejo del agua.
Aún recuerdo la sorda cadencia de tus pasos
distanciarse lentamente
dejándome un otoño sin edad.

Abismada, comí del loto y en la ficción
evoqué tu mirada donde se despliega el mar
y mi ruina en un vago entendimiento.
Tal vez, en este espacio exacto,
extranjera de mí misma,
caerá tu arena sobre mi arena
donde hundiré mi rostro
y buscaré las azarosas huellas
donde iniciamos el camino,
pues éramos dos para guardar la inmensidad
de la noche y sus astros;
uno solo en el pulso de un lenguaje idéntico.

Quise entonces volver a leer tus palabras
después de la gran guerra santa,
pero fue demasiado tarde y vi
su sentido morir a mis pies y ante esta puerta,
con sigilo, aguardé tu vuelta en vano.
Aquí en el tiempo de lo decible,
te escribo ahora las cartas más hermosas,
aquéllas que jamás serán leídas.
Hablarán de mi forma de quererte,
de ese silencio amortiguado
que tras de sí dejan los cercos
donde una vez creció lo inmarcesible.
El eco de tu risa abierta a la intimidad
iluminando los rincones de septiembre.
Sólo el tiempo podrá nombrarte
y lo escucharé alzarse claro,
tan claro como el día quiebra, rama a rama,
este bosque cuyo capricho fue hacerte cierto
ante una obra ya representada.

Sin remedio, acudiré a la fábula
para encontrarte.
No existe olvido ni materia esquivada que no alcance
la memoria, cuando persigue ciegamente
la esperanza.
Y así, nos reuniremos, como siempre,
compartiendo la ceremonia de estar vivos.
Tendidos bajo un mismo cielo, la misma luz;
los mismos dioses.

Un gajo de Vía Láctea. Muestra de poesía mexicana en marcha

SELECCIÓN Y NOTA INTRODUCTORIA DE JORGE ORTEGA

La poesía mexicana es un reflejo de ese cuerpo luminoso que es la poesía latinoamericana, por aludir a las fraternidades del continente. Pero, ampliando el espectro, habría que añadir que del acervo de la poesía concebida hoy día en español y que, lejos de cualquier vaho de colonialismo, podemos llamar panhispánica. La parte por el todo y viceversa, porque también la suma de la poesía hispanoamericana contiene rasgos generalizados de las numerosas latitudes que la componen. De alguna manera, atestiguando un decaimiento de las literaturas nacionales, delimitadas por fronteras políticas y territoriales rebasadas por la vitalidad de las lenguas, para asistir a un despunte de los *corpus* idiomáticos que cruzan mares y desiertos, montañas y selvas, valles y distancias idiosincráticas en apariencia insalvables. La internet y su catalizador, la tecnología digital, han precipitado una sincronización hemisférica, cuando no mundial, de la información, lo que vino a incrementar la probabilidad de roce y mimetismo de la poesía de unas lenguas con otras, considerando las autóctonas, que encierran ya en sí una cosmovisión. La poesía del momento en México es así la imagen cambiante de un caleidoscopio, de acuerdo, y, a la par, en la medida que responde al devenir de una genealogía poética, revela los imperecederos atributos de una tradición que sobrepasa el tiempo y, por tanto, el relevo generacional, como el brazo de una galaxia que reluce en el firmamento que la rodea.

Dicho lo anterior, el presente muestrario de poesía mexicana en ciernes y en proceso de consolidación recoge voces emergentes y voces legitimadas por la crítica, los premios, la atención de los lectores. Se trata, como sea, de poetas que resisten de sobra el consenso de la calidad y la prueba del rigor, igual que el criterio de la consistencia, originarios de distintas regiones del país y representativos de una suerte de democracia de la poesía, acorde con las expectativas de la hora actual. Los mayores llegaron a los 40 años de edad en 2022 y la menor ronda los 28. Entre los unos y los otros, poco más de dos lustros que son nada, por lo que hablamos prácticamente de los rangos etarios de una misma hornada. Suyo ha sido y será el siglo XXI y los saltos cuánticos suscitados casi a escala planetaria en materia de derechos individuales y colectivos, de los que se han apropiado mediante la reivindicación de la equidad y la diversidad, la dignidad y la libertad, transitando a un posicionamiento común de carácter integral que imbrica estética y ética. Por consiguiente, estamos ante una constelación de poetas receptivos a la coexistencia de múltiples perfiles y búsquedas,

imaginarios y lenguajes, donde la creación poética alterna con la pasión de traducir y la promoción cultural. La secuela de la pandemia, los rincones de la memoria, el *kōan* **místico, la perennidad del principio femenino, la remasterización de los mitos griegos, los hallazgos de la cotidianidad, la metamorfosis de los insectos como simulacro de las maniobras del universo, las metáforas del ocaso, las lecciones de la naturaleza, el recuerdo luctuoso, la introspección** metapoética, los prodigios de la biología, la ilusión de los sentidos, los hondos afectos, la circunstancia y el anecdotario y la brevedad de la vida cohabitan en un tornasolado mosaico de motivos, tonos y alcances enunciativos.

Herederos en México de una línea de sucesión poética que en la época contemporánea implica a José Juan Tablada, Ramón López Velarde, Manuel Maples Arce, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Concha Urquiza, Octavio Paz, Alaíde Foppa, Rubén Bonifaz Nuño, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Enriqueta Ochoa, Eduardo Lizalde, Juan Bañuelos, Isabel Fraire, Gerardo Deniz, Abigael Bohórquez, José Carlos Becerra, José Emilio Pacheco, Max Rojas, Gloria Gervitz, Jaime Reyes, Minerva Margarita Villarreal, Ángel Ortuño y el recién fallecido David Huerta, los poetas de este dossier tocan base en tales nombres y se abren a la posibilidad de una mutación en su ADN literario, la de la consecución y conquista de una dicción personal que exhiba la singularidad de un léxico y una cadencia. No es casual que el conjunto de autores introducidos aquí provengan de los cuatro puntos cardinales y escriban desde una sensibilidad impar, fieles a las condiciones de su entorno inmediato —migración, violencia, consumismo, *fuga mundi*, sobrepoblación, curiosidad intelectual, aislamiento geográfico—, al que no han renunciado para merecer la complicidad de lectores, colegas y editores. Ahora más que nunca la poesía mexicana destaca, entre su cúmulo de exponentes, más por su puñado de sugerentes diferencias que por su inventario de afinidades. La uniformidad estilística se ha relativizado para ceder el paso a una transmisión dialéctica del bagaje histórico, engrosado por la lírica prehispánica, la barroca novohispana y la decimonónica de sesgo romántico y modernista, a la que es preciso agregar justo hoy el contrapunto del arte pop, la fascinación de las redes sociales, el influjo de la música, la divulgación de la ciencia, el discurso de género y la ideología. No obstante, frente al vértigo de los sucesos y la pirotecnia de las tendencias, el sedimento de la palabra poética brilla fijamente como un sendero de astros en la noche de las encrucijadas. •

Claudina Domingo

(Ciudad de México, 1982)

tengo ahora una mascota nueva. la toco como acariciaba de niña las sensitivas. esas plantitas misteriosas que se cerraban bajo los dedos. mi curiosidad pasa y repasa las costuras que ahora son cordilleras de piel. “todavía está entumecida”, me digo. mido con el paso de los días, semanas, meses, su estado y condición. es mejor sorprenderla por la noche o tras la ducha. con las yemas de los dedos, como la vulva y el placer. sólo que en este caso los dedos preguntan si ya no es de goma el cuerpo. no llaman al placer sino a los nervios. antes que piel hubo pelaje, plumas y escamas. y, mucho antes, nervios. lo entumecido es una boca que se va cerrando cada vez más cerca de la cicatriz. llegará un día en que su ojo rasgado cierre por completo y mi piel deje de recordarme filos, bordes, planchas.

Manuel Parra Aguilar

(Hermosillo, Sonora, 1982)

EN EL OTOÑO, LA TIERRA

Veía las hormigas trepar la superficie del árbol,
y entre ellas distinguí a una que llevaba sobre sí una pata de grillo.

Yo era un pequeño y en ese entonces crecer era una constante.

¿A dónde van las hormigas?, le pregunté a mi padre.

Era la primera incisión del otoño.
En el otoño de ese año la tierra se hidrataba como nunca,
mas yo solo quería saber del hogar de las hormigas.

Lorena Huitrón

(Xalapa, Veracruz, 1982)

Hace tiempo se entendía que la epilepsia era una forma grave en la que el corazón se desmayaba: órgano fuertemente oprimido. C. era la aplastapollitos. Íbamos a las comidas y si había granjas los buscaba como al postre.

El piar es un aviso constante del peligro, habla ansiosa.

Los sacaban para ella de las jaulas, tres, cuatro. C. los tomaba y les hablaba. Minutos después veíamos un cuerpecito inerte entre las manos.

De pronto esa sirena se apagaba.

Siempre fue sin querer, su fuerza zozobrantera como el pío.

Nos decían que los pollitos son así, demasiado frágiles, tan frágiles que por eso hay tantos.

Manuel Becerra

(Ciudad de México, 1983)

QUEEN-ANNE'S LACE

Esta flor, proveniente de América del Norte,
se llama Encaje de la reina Ana.
En su etapa inicial es la jaula de un insecto,
aunque en agosto es vasta
y alcanza el tamaño de una mano abierta.
Bajo sí misma guarda una sombra dentada,
sombra líquida, sobre el muro rugoso,
que sube y baja como una ola sobre la arena.
La Reina goza de un sueño imposible
de ser interpretado. La Reina, a diferencia
del ser humano, no es movida por el dolor.
Esta vez la encuentro en New Jersey,
de nuevo, aunque antes la vi en Iowa;
y mucho antes, a los costados
del pedregoso río Charles, en Massachusetts,
ese estado que ostenta
por geografía la cabeza de un rinoceronte.

Dalí Corona

(Ciudad de México, 1983)

INFAMIA

Con ella en el piso,
aterida flor de otoño,
pasó brusco animal
su carga sobre el cuerpo.

Crujíanle las patas,
las extremidades flacas,
como arcos de violín;
crujía la piel
ya helada.

Con ella en el piso,
cerró puerta bondad
frente a su cara,
hízole añicos corazón,
ternura, todo. El doble
o triple de su peso
encima de tan gastado
esqueletamen.

Con ella así,
en el piso,
cubierta ya por el rocío,
se hizo un tapete con sus alas.

Así la hormiga,
mezquina y miserable,
que abandonó a la cigarra
en el invierno.

Inti García Santamaría

(Nezahualcóyotl, Estado de México, 1983)

HORIZONTE ROJIZO

Salí de la librería de viejo y miré el Ajusco.
La zona más alta de una montaña al oscurecer
es lo último en apagarse.
Los autos recorrían una avenida de noche,
pero la cima permanecía iluminada.

Algo así pasa en las nubes.
A diferencia de la ciudad ya anochecida
y el puerto aéreo que opera en oscuridad,
cuando el avión las atraviesa,
encima de ellas todavía resplandecen
kilómetros de cumulonimbos.

Las horas que viví con ustedes
serán lo último en oscurecer
cuando todo lo demás se haya apagado.

Audomaro Hidalgo

(Villahermosa, Tabasco, 1983)

ALINEACIÓN DE LOS ÁRBOLES

Hoy me alinee con los árboles, soy el último
de la fila, el rezagado, el guardián del equipo.
No ha llegado mi turno, no tengo prisa,
estoy de pie tejiendo más hondas mis raíces.
Los últimos serán siempre los últimos,
los más resistentes a toda inclemencia,
los que crucen con su sol a cuestras
el desalmado siglo por el que avanzamos.

Desde mi posición veo la estrategia
de los árboles que ya van al frente,
muchos llevan como perros
el nombre colgado del cuello.
Yo extravié el mío. Soy simplemente un árbol
en la noche de piedra de las ciudades,
yo sólo soy un árbol de deseos
que persigue las sílabas errantes,
el resplandor del mundo,
el perfume salvaje de un cuerpo.

A veces salgo de la fila un instante, me asomo y lo veo:
allá lejos, adelante, desgajan ramas, cortan troncos,
siempre talan, hacen leña. ¿A qué apurarse?
A veces alguno deserta de la fila
y cruza al otro lado de la calle,
abandona su misión de árbol,
de la expulsión del tiempo quiere librarse.

Estoy en esta hilera innúmera de árboles,
voy detrás, soy el último, el recién llegado,
pero no voy a la sombra de ninguno,
otro sol conduce mi destino,
designa mi existencia de árbol.
El sol en fuga del deseo
llevándome muy lejos,
a una blanca región desnuda,
y me devuelve henchido y entero en verano,
al sitio del que no me he movido.

Manuel Iris

(San Francisco de Campeche, Campeche, 1983)

DOS POSIBLES POÉTICAS

*Lezama, hoy voy a orar contigo:
todo es metáfora de todo.*

ARMANDO ROJAS GUARDIA

I

El silencio es el mar. Arena, la palabra. Poesía la ola.

El poeta es un hombre metiéndose al océano
para buscar sustento:

un pescador.

Al final de la jornada regresa a tierra firme
—siempre vuelve a la arena—
con la red llena
—si acaso hubo suerte—
del testimonio del viaje,

pero no con la ola.

II

La poesía también puede pensarse como un animal fantástico y salvaje, imposible de rastrear. El cazador-poeta lo presiente, lo persigue sin pistas y de pronto aparece, no el animal, sino su rastro: hermosa huella, rama quebrada, la indicación de que ha pasado por ahí, de que efectivamente existe fuera de la intuición.

Uno garabatea el retrato, aproximado, de esa huella —que después desaparece— y se da por servido.

Eso busca este oficio: comunicar el rastro de una creatura que, por su naturaleza imposible, ni siquiera necesita eludirnos.

Verónica G. Arredondo

(Irapuato, Guanajuato, 1984)

MACROCOSMOS

A Rocío García

Entre sus manos las veía sostener un colibrí
zurcía cada una el estómago
de aquel aleteo
velocímetro detenido
tras la hendidura del pecho a la cola
Arrullo de sus manos
coraza de vida

Se requiere destreza
la precisión del carnicero
sin el temblor de una gota de rocío
ni de palabras no dichas

Las que zurcen saben detener la tormenta
tensar los hilos
en la escala de una estrella a otra
alternando
sonido y armonía
Intervienen el orden divino
su algoritmo en cada respunte

Aquellos cuerpos alados
y extáticos
se colocarán al resguardo
del nido de águilas
entre ramas ocultas
inmóviles
Por los caminos de octubre tras la lluvia

flores brotantes
Con la mañana a la espera del soplo amarillo
—libado por abejas e insectos—
ahora retenido en pequeños vientres
donde se instaura la fecundidad del mundo
el universo en cada especie

Luis Eduardo García

(Guadalajara, Jalisco, 1984)

TODO LO QUE TENGO ES ROBADO

La sonrisa la copié
de un catálogo de aldabas. Mi forma de ver el cielo
de una película húngara. Esa técnica para entrar
o salir del amor según la altura
de sus picos la vi en una playa
hace 32 años. Todos
mis movimientos sexuales
son imitaciones de varios tipos
de líneas de producción y aspersores. Nada es mío
en realidad. Duermo como anzuelo, brillo igual que las cosas
a punto de romperse.

Ana Corvera

(Zacatecas, Zacatecas, 1984)

SECRETO A LA INTEMPERIE

I

La infancia: vórtice que muerde o acaricia. Agujero negro con diversas sedes en órganos blandos: piel, estómago, glándula suprarrenal. Cada recién nacido es una boca indócil, lengua salvaje sometida, sin embargo, a la inocencia. A mayor tamaño de la vida, menos redención para lo que ocurre debajo de los párpados. El dolor y sus nombres se escuchan con estetoscopio; su dureza brilla bajo el escalpelo.

Debajo de la mesa, por ejemplo, la humedad de la cocina y la ineficiencia del refrigerador caen como imanes. Trozos de vidrio sobre el vórtice cardíaco de una niña que espera a su padre sin estrellas. A los cuatro o cinco años lo amado existe en contrapicada: un hombre cualquiera se crece al tamaño de dios.

Ansiedad de leer cualquier tipo de línea. No se sabe por qué un dios, doméstico pero nuestro, se pone agua de colonia antes de salir y regresa sonriendo, sin cubrirse las huellas de coco, chicle, berenjena, aromas que no crecen en la casa.

II

¿Es posible despojar el lenguaje? Desde el nadir de la infancia un hombre mantiene su altura durante varios años. Alguien mira desde otra parte y lo sabe: la máscara de mi padre no tiene futuro, pero hasta que sus hijos cumplan 11 y 12 la casa será su reino.

Inalcanzable, dueño del cenital de la cocina, da una señal. Casi inocente, casi divertida; una obligación. Pide silencio, adelanta corolarios. El mundo se presenta entonces demasiado grande y la posibilidad de detener su cauce clausurando el vórtice de dientes y lengua, suena a permanencia.

Si nadie habla de coco, chicle o berenjena, no caerá la diosa de carne, agotada después de una batalla de dos turnos en la oficina; tampoco caerán los muros de la casa. Entonces una niña puede renunciar a las palabras y convencer a su igual de no mirar. En el fondo, ninguno de los cuatro desea vivir a la intemperie.

Miguel Ángel Ortiz

(Victoria de Durango, Durango, 1984)

PEQUEÑO CABALLO

...alguien viene,
te da comida,
te da agua;

coloca una piedra de sal
sobre sus manos.

Ignoras las nubes
en esta cubeta de sangre.

Aquí mi vida,
pequeño caballo,
para que entiendas quién soy,
para que sueñes y me construyas
como yo sueño contigo.

Mira la hierba:
lejana y fría
se dispone
a mirar las nubes.

Mariana Pérez Villoro

(Guadalajara, Jalisco, 1984)

Se entregan a la dinámica y a la mecánica
de las deformaciones.

Ansían los pliegues
y las formas mayores del relieve:

fosas tectónicas y cordilleras.

Sobre la disposición particular
de las estructuras originales y las alteradas
sobre la roca plutónica competente
sobre la arenisca no estratificada

aplican sus esfuerzos:

que surjan las formaciones kilométricas
y aquellas sólo visibles en el microscopio.

A la gravedad y a las combinaciones
de fuerzas horizontales
someten la capa superficial

aspiran
a la evolución continental y oceánica.

Así proceden desde el desplazamiento de placas
con movimientos lentos y verticales
y movimientos horizontales.

Así actúan
desde la convección del manto
transportando el calor
haciéndolo circular a través de los fluidos
sobre las superficies
y dentro de ellas.

Así producen una deformación elástica
reversible
de roca atravesada por ondas sísmicas.

Después una deformación plástica
geométricamente continua
de alargadas ondulaciones.

Y al superar cierto valor en la ejecución creciente
conforme a sus propiedades
y las circunstancias en que ambos se encuentran
consiguen una satisfactoria deformación
rígida y discontinua
por rotura

una falla irreversible.

Christian Peña

(Ciudad de México, 1985)

PADRE CENTAURO

Mi hijo es la mitad de mi cuerpo:
cuando lo llevo en hombros me convierto en caballo,
me recuerda que un hombre
es mitad bestia y mitad lo que su padre hizo de él.

Ahora soy el padre, pero él lleva las riendas,
si lo bajo para que camine,
me exilia del gobierno de sus cinco años;
un año de la vida de un caballo
equivale a cinco años de la vida de un hombre.
Mi hijo es un caballo y un lustro
la mitad del mundo que no entiendo,
la mitad más humana.

Somos tan parecidos y distintos
como sólo pueden serlo un padre y un hijo,
como lo son un hombre y un caballo.
Somos un centauro que atraviesa el Eje Central
en pantalón de mezclilla
y una bolsa de papas fritas en la mano,
nuestras sombras se funden en la pared del mediodía
como siluetas en una vasija griega.

Con él sobre los hombros soy inmortal,
galopamos el mismo corazón a diferentes ritmos.
Somos un centauro y su sombra:
somos nuestro propio mito.

Ingrid Bringas

(Monterrey, Nuevo León, 1985)

EL MURMULLO DEL BOSQUE ERA EL LENGUAJE DE MI ABUELO

Era él apenas en el hábito poético de la contemplación
para la cacería de una serpiente
en la destreza de su machete
que algunas tardes solo le dio la gracia del ninja
el avistamiento de un zopilote
y un par de venados cola blanca apareándose fuera de temporada
era apenas el silencio del matorral
y avanzar a tientas
beber de la cantimplora
mojarse con la lluvia y lavarse bien
después de la cacería
tumbarse a oír la noche
beber la salvia
inmutable el abuelo
bajo la sombra
de un huizache
llega la noche y todo es un relámpago
como el crujir de una jaula.

Armando Salgado

(Uruapan, Michoacán, 1985)

EL BILLAR DE LA CALLE CONSTITUCIÓN

que mi abuelo frecuenta
acumula ruidos averiados
y humo de tabaco añejo,
sillas enmohecidas
con marcas de refresco sobre sí,
paredes descarapeladas
que muestran los nervios del adobe
y fichas de dominó
mezcladas con la plástica.

En el fondo de ese firmamento
las bolas de billar
decretan la inclinación de los astros
así como los cuerpos divididos,
que en el subsuelo
cambian de posición, según las estrellas.

Nadie percibe que, a lo lejos,
mientras las bolas de billar
caen en las troneras,
esos astros mutilados
resbalan dentro de una fosa.

Karen Villeda

(Tlaxcala de Xicohténcatl, Tlaxcala, 1985)

TEORÍA DE LAS CUERDAS (fragmento)

Acerca la cuerda
a algo o a la distancia de algo,
ese algo y la distancia de alguien, alguien ensimismándose en algo,
algo que se está apretando
contra alguien o algo
o ella o lo que *se cuelga de ti*, algo, alguien, tampoco un recuerdo
aunque su rapidez
es de alguien,
acaso alguien y ella, ella de improviso o algo que se pierde entre una cuerda: alguien
que es algo.

1. A ella la encontraron con una maraña de sus rizos entre los dedos.
2. Algo o la distancia de algo. Alguien y una cuerda y, y, y unos dedos que la prueban. Su materialidad ni tan única.
3. Un pinche conjunto de hilos o algo.
4. Algo y alguien busca una definición. “Los hilos formaron un solo cuerpo con ella”.
5. Fue tan flexible esa cuerda. Se ataría y “es como si estuvieran tocando la puerta donde ella se ahorcó”.
6. “Una cuerda también sirve para jugar”. También sirve para atarla a ella, para suspender su peso. Salta y resalta.
7. Es un hilo también. Hay un sonido que produce por vibración. ¿Cómo habrá sonado ella en lo último?
8. Esto es lo que dice un diccionario: “f. En los relojes de péndulo, cada una de las cuerdas o cadenas que sostienen las pesas”.
9. Una cuerda también es una sucesión.
10. Una cuerda también es una medida. Y una talla. Y un conjunto de personas: cuando decimos que “son de la misma cuerda”. ¿Y ella?

11. Algo y alguien, ella y su cuerda. O una línea de arranque.
12. El mismo diccionario señala lo siguiente: “f. *Fís.* Objeto unidimensional básico en la teoría de cuerdas”.
13. Todo es femenino hasta ese segmento recto que la unió a ella con la muerte.
14. No quiero hablar de la música. Escribir aquí “instrumentos de cuerda” es un lugar común. *Pero es que ella se la pasó cantando esa canción un día antes.*
15. Una cuerda también puede ser un tendón. O un nervio. O un ligamento. O algo. Algo que la mató.
16. “Ella le dio cuerda”.
17. ¿Cuál de todas las cuerdas elegiría? Una cuerda de presos. Cuerda dorsal o el notocordio. Una cuerda falsa. En cuerda floja. Una cuerda sin fin. Cuerda vocal. Tormento de cuerda. Trato de cuerda también. Bajo cuerda. Contra las cuerdas. Echar una cuerda contra ella misma. Una cuerda sin cordura.
18. Algo, alguien y algo como simplemente una cuerda.
19. Un pinche conjunto de hilos que la mató.

Fernando Trejo

(Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1985)

TÚNEL

Como si regresar de la muerte fuera cosa fácil,
mi padre se descalza a orilla de mi cama
sin encender la luz.

Observa mi sueño y lo acaricia.

Afuera llueve y coloca una cubeta
en la ventana
donde una gotera se repite.

Respeta mi silencio
y se acuesta a mi lado.

Al día siguiente mi padre se ha ido.
Pero escucho que la lluvia,
lejos del sueño,
rebalsa.

Elisa Díaz Castelo

(Ciudad de México, 1986)

EVA

Mis músculos, mi médula, mis primeros recuerdos,
mis olvidos, mis doscientos seis huesos,
cuatro rotos, mis tejidos
que adornan los muebles desahuciados
de nuestra casa móvil, la ropa
que pongo a secar en el jardín de cardos, mi voz
en duermevela, mi quemadura
de aceite, las tres pecas
en mi cuello, mi franela, la máquina de coser
comprada a plazos, el calor de la plancha,
el color de la huida, mis manos
sobre el hule del volante, uñas fucsia,
las apenas tres letras de mi nombre, el peso
redondo
del pecado en mi mano.

Dicen que vengo de una sola costilla
de un hombre dormido.
No me consta.

La tesitura del llanto de mis hijos, su dolor ostentoso
y lleno de vocales, sus rodillas, sus costras,
sus pies suaves,
la tabla del tres y las planillas, los nombres
de sus dinosaurios y todo lo sucedido
antes de la caída
del meteorito, mis notas de voz, mi luz,
mi levadura, mi pastel de manzana,

las semillas que germiné bajo la lengua,
mi árbol, mi puño
y letra, mi leche, mi calostro, el peso
de mis senos
en las manos de Adán, mis ojos cerrados
en las fotografías, el color
de mis labios en el frío,
toda la sangre
que he perdido, toda la sangre que me queda,
mi dolor multiplicado, mi carne
vuelta verbo.
Todo lo que he creado.

Dicen que Dios me dio forma
usando la costilla de un hombre dormido.
No me parece, visto así,
tan milagroso.

Marco Antonio Murillo

(Mérida, Yucatán, 1986)

EL TRAJE Y LA MELANCOLÍA

Y aquí están (...) tu traje de héroe y tus sentimientos de héroe.

JOSÉ CARLOS BECERRA

No cuenta los días por las hojas del periódico,
sino por las veces que jura ver en el cielo
los remanentes de una señal.

Los muebles que ayer sacudía con facilidad,
hoy lo miran viejo
cuando se apoya en el respaldo para tomar aire.

Los edificios del horizonte
le esconden el sol
y se lo vuelven a traer. Mayordomo,

la casa, solitaria de toda su vida,
envejeció con él,
y su señor, que pronto dejó de ser niño,
ahora le da un poco de sombra:
es más alto, más
robusto que él cuando su juventud.

Sin embargo, en su voz persisten
las fuerzas: —*¿Para qué
caemos, Bruno? Para aprender
a levantarnos.*

Y Bruno Díaz, cada noche,
mira agradecido a su mayordomo
mientras éste le rasga el costado
derecho de su traje,
y con una aguja empieza
a coserle las heridas.

Aurelia Cortés Peyron

(Ciudad de México, 1986)

MICELIO

Una maraña de fibra óptica
apenas suave
pelo de alpaca
corredor de vasos capilares
para atravesar sierras
bajar laderas con su rumor de río
ruido blanco, estática
torrente que infunde
su latido húmedo
en la carne
cartílago casi mamífero
de los hongos, carne de dioses
(de noche su fuego falso
verde y frío).

El micelio no puede ser metáfora,
todo lo que hace es literal:
un pensamiento que viaja
kilómetros hasta que fructifica
red subterránea hasta que brota
del inconsciente
como sueños con esporas
es el mapa neuronal
no es la suma de las partes
intercambio de fósforo y azúcar
sed colectiva, subrepticia
comunicación de enzimas.

Sirve a un propósito mayor:
su tarea silenciosa es dividir
descomponer toda molécula
orgánica con la paciencia
de quien desenreda un estambre
con dedos dendríticos.

Una esponja, un sustrato
mullido para descansar en paz.
Un deseo circular
que se expresa en nodos
que extiende sus hifas
como el pelo de los muertos.

El micelio es la única metáfora en estado silvestre.

Sergio Pérez Torres

(Monterrey, Nuevo León, 1986)

ÉXODO A NINGÚN LUGAR

3

Lo íntimo en el luto de un altar adentro de la casa,
abrir la vena del sueño a nuestros ojos hechos noche,
cúspide que desborda en los labios como lluvia en la ventana.

Hay oraciones dichas entre flores fucsias y naranjas,
sobre mí caen pétalos más parecidos a los atardeceres.

¿Las primeras palabras sangran en silencio?

Deletreo el color del sufrimiento,
también había días azules y sonrisas, la luz, el televisor.

Aquí uno se esconde de una vírgula de códigos desteñidos,
jugaré a decirnos que hemos muerto entre canciones.

Espinas que desvelan y develan sombras tísicas,
en nuestro latido se acumula la sal triste de la arena.

A mí se me quebranta el corazón del óxido en una mecedora,
a nadie le interesa el agua ajena pero cada río es nuestro.

Una mano para despedirnos,
otra para quedarse quieto en la espera de alguien que no vuelve.

Yelitza Ruiz

(Iguala de la Independencia, Guerrero, 1986)

COYOTE (fragmento)

Tiene entre sus labios la nostalgia de Moisés,
se le entume la lengua,
amarra los zapatos a la mañana,
se descubre solitario en su comercio.
Hay ciertos hábitos que se afilan con las horas
pero nos gusta provocar miedo,
andar en el grisáceo túnel,
torear al travesti que disimula con labial
los restos de cemento que escurren en su rostro,
tirar la cuota del paso sobre coladeras,
desfilar sobre estiércol;
nos gusta lo cursi que suena “mirar la luz al final del túnel”.
Todo porque no nos atrevemos a cruzar las avenidas,
todo porque el estómago se encoge,
porque el hambre aprieta un poco menos de este lado,
y la idea de la nieve nos blanquea el horizonte,
nos talquea la nariz durante el trayecto.
Y así llegamos reconociéndonos menos,
aullando quedito,
pagando la astucia para encenderle otra veladora al santo
coyote de los mártires. Ya no hay fijón *Mexican Power*,
la buena sombra del exilio nos cobija.

Emiliano Álvarez

(Ciudad de México, 1987)

ARENA

Era un efecto de la luz (la luz es la palabra
más veces repetida). Un efecto: tu peso
compactaba la arena acuosa y el sol, a nuestra espalda,
la hacía brillar entonces. Era un efecto de la luz
(más veces repetida: eso la agota), que llenaba de brillo
la humedad exprimida de la arena por tu huella fijada
y transitoria. Lo supe desde aquella caminata,
con esa luz (la agota, pues la carga, en automático,
de un sentido trivial, por acomodaticio),
recién parida por nuestra propia rotación,
a nuestra espalda, y envueltos por sargazo, y por niños,
y por crustáceos que emergían en la noche y aún no se guardaban,
y por valvas rasposas a los pies y por la cresta en tránsito,
sonora. Lo supe desde entonces, pero mis ojos no sabían
ver otra cosa que tus pies sacando luz (por acomodaticio:
¿pero qué hago si esto me sucedía? ¿si no lo digo,
«luz», con inmanencia sino con pura física?),
tus pies sacando luz del suelo que pisabas.

Arturo Loera

(Chihuahua, Chihuahua, 1987)

DIENTE DE ORO

El sol va despertando a las cosas del patio.
Refleja en las botellas su diente de oro,
roba del charco la posibilidad de una nube
y esa posibilidad se ve como una sopa caliente.
Lanzo una flecha sobre el papel
encerado de la noche anterior
que fue un regalo abierto, una fiesta, los vellos erizados.
Los poetas se creen iluminados por el mundo
cuando en realidad sólo están crudos
y es el mundo el que los cocina lentamente.
La suerte se presenta con su máscara dominical.
Decido quedarme aquí, ser cocinado por ese diente de oro,
ser un reloj de sol
con la sombra descompuesta.

César Cañedo

(El Fuerte, Sinaloa, 1988)

Quizá haya una manera o varias
de ver el amor como un acompañar
tantas oscuras claridades
pero no la conozco,
y agradezco otra vez no abandonarme,
no poner a competir mis sueños con los sueños de nadie,
mis dudas con las muchas dudas de alguien.

Me tranquiliza que mi soledad
no le exija nada a la soledad de otros,
que mis horas no empiecen a arrepentirse de ir tan solas;
no tener que cansar mis inseguridades
al obligar al sueño a hacerse presente.

Porque el amor cuando aparece no descansa,
para nadie descansa.
Repasa y se aprende las conversaciones,
las preguntas,
las respuestas,
y los celos se vuelven de memoria.

Porque el amor cuando aparece no descansa.

Carlos Rodríguez Delgadillo

(Mexicali, Baja California, 1988)

ÍNDICE DE REFRACCIÓN

Afuera hay lluvia
nubes temblorosas naciendo de la charca

Un vapor fractura
el pavimento
las rejas

Ajado en la noche y su levadura
el pueblo
se devasta y olvida

Me reflejo en la charca
y la palabra hosca
en el grano de trigo que reposa
el engranaje del molino

En la piedra
la traducción
de un fruto
que
sin embargo
anuncia el germen de otra cosa

Ángel Vargas

(Acapulco de Juárez, Guerrero, 1989)

PÉTREA

Voy a solas
y lenta,
no conservo el recuerdo
de mi desprendimiento,
si acaso pertenecí
a algo inmenso y geológico
no tengo la certeza,
tampoco soy
la piedra alada,
ni la piedra ancestral
que probó pechos nutricios
de mamíferos.
No soy la piedra
de ninguna pirámide
ni imperio,
voy a solas
hacia mi salvedad,
voy hacia el polvo.

Merari Lugo Ocaña

(Hermosillo, Sonora, 1990)

RELACIONES DE OBJETO

Me cuentas cómo tu padre
te heredó una casa hecha de tristeza.
Dijo, mientras vivía,
que entre todas las cosas posibles,
era lo único verdadero que podía darte.

Me hablas de tu historia,
de cómo tu padre y el padre de tu padre
y los que antes de él vinieron
solo habían construido casas
hechas de distancia.

Me cuentas también
de la disposición de los muebles,
los nombres para sus grietas,
de cómo con los años
has ampliado sus habitaciones mínimas,
poblaste las paredes con imágenes
y pequeñas luces.

Y tú la atesoras,
porque mientras vives,
es lo único verdadero que puedes recibir.

Me invitas a pasar,
a traer mis imágenes y luces
para vivir contigo.

Pero no puedo, te digo,
mientras te cuento mi historia
y la historia de mi casa,
la casa que me heredó mi madre.

Mi casa hecha de miedo.

Yaroslabi Bañuelos

(La Paz, Baja California Sur, 1991)

RECORTE DE UNA COMIDA FAMILIAR, 1999

La mesa es chica, pero en este círculo de sal cabemos todos.

Hay una cazuela que hierve sobre leños de mezquite,
tortillas calientes, Coca-Cola servida
en vasos con San Judas Tadeo grabado en el cristal.

Un olor a verduras cocidas se escurre por la estufa,
el bullicio de los gallos devora el murmullo de la televisión.

Y allí estamos, alrededor de un puchero de res, esperando
la telenovela de siempre.

Bajo el cansado techo de lámina somos cinco:
mamá, papá, mis hermanas y yo.
Primero come mi padre, mastica trozos jugosos de chamberete,
pequeñas manchas de grasa y chile quedan
atrapadas en su bigote;
le gusta chupar los huesos hasta limpiar el tuétano,
su plato rebosante se agota a los pocos sorbos
y mamá lleva de nuevo las manos al fuego para saciar
la quijada ansiosa de papá.
Mis hermanas recolectan con sus uñas
el aceite que hace espirales en el caldo,
sólo engullen media zanahoria y una tortilla
para “no romper la dieta”.

El único postre para hoy son las pastillas quemagrasa
aunque sus ojos protesten de hambre,
aunque en sus estómagos ya no palpiten las luciérnagas.

Sin embargo, conozco bien la rutina,
ellas volverán cuando la noche crezca: asaltarán las ollas moribundas,
devorarán los pastelitos congelados,
luego dormirán con las uñas manchadas de chocolate y crema Chantilly.

Mi madre come poco, sabe llenar su corazón con el vuelo
de viejas golondrinas;
siempre anda tropezando por aquí y por allá, le gusta bordar remolinos
en toda la casa, como si fuera un pájaro perdido.
Mamá abandona el círculo de sal
y sus manos continúan en un ajetreo infinito
mientras el susurro de la televisión se vuelve un fantasma.

Me quedo sola, bostezo frente a un pedazo de carne masticada,
mi aburrimiento de niña
se consuela con los juegos de los gatos
que trepan a la mesa.
Zozobro en un caldo gélido.
Pronto renuncio a los vegetales para silenciar el hambre
con la alegría del refresco
y buscar el rastro de cualquier migaja dulce
escondida en la alacena.
Así aprendí a afilar en mi boca los dientes de otro abismo.

Por eso mi apetito jamás apacigua a sus bestias.
Por eso aquí sigo ahogándome en un charco
de agua carbonatada y azúcar,
atrapada en una tarde de mil novecientos noventa y nueve.

Nadia López García

(Tlaxiaco, Oaxaca, 1992)

¿Habrá un lugar
a donde lleven a todos los que la noche
nos ha quitado?

Quizá,
ahora son pájaros de rostros grises,
aves que vuelan en otro camino,
pero su canto sigue aquí,
retoñando junto a nuestra boca
que los sigue nombrando
para que un día
regresen.

Orlando Mondragón

(Ciudad Altamirano, Guerrero, 1993)

TIMBRE

Enero y el frío llega
como un familiar molesto
a tocar nuestra puerta.

Mi cabeza conoce
cómo encontrar descanso
en el hueco de su axila.
Toda la gravedad del mundo la detiene.
Pesa no decir. No querer.

Cuando aún es pequeño
el amor nos deja los pies fríos.
No alcanza para dos.
No alcanza su cobijo
para atravesar la noche.

Él me pregunta si estoy cómodo,
le miento. No quiero moverme.
Tengo el corazón entumecido.

Es apenas enero.
El frío continúa llamando a la puerta.
Habrá que atenderle.

Estefanía Arista

(Tijuana, Baja California, 1995)

UN DOMINGO CUALQUIERA

Hay en el día una quietud
de dos personas que se cuentan un secreto
y queda implícito quién de ellos
lo revelará primero.

Las personas despiertan tarde
y creen que el día está perdido.
Mueven el agua en la tetera
para que no quede amargo el té de jazmín
o para que no se estanquen las burbujas
al borde de la prensa francesa.

Se gritan al aire ciertas obviedades
como los alimentos que faltan en la alacena
o el lugar donde quedan olvidadas las llaves de la casa.
Todo es interrogación
que no exige respuestas
y la lluvia está un poco más gastada
que el resto de los días de la semana.

Su uniforme en días como éste
son las playeras que enlistan
destinos vacacionales:
desde California hasta Mérida.
Ver lo que hay ahí,
la voluntad del descanso.

Saben que hay un secreto latente
y que las horas sólo irán delatando la fecha
de su caducidad.
Un domingo cualquiera,
existiendo como la arena
cuando las olas se retiran.

R E S
E Ñ A
S

Sutileza con fuerza

EDUARDO MOGA

Juan Vico

Condición de los amantes,

Ediciones de la Isla de Siltolá, 2021.

Juan Vico (Badalona, 1975) es un poeta que escribe novelas, por ejemplo, *Los bosques imantados* y *El animal más triste*, ambas publicadas por Seix Barral. Pero empezó siendo un poeta que escribía poemas, como los reunidos en —y hermosamente titulados— *Vispera de ayer*, que vio la luz en Pre-Textos, o *La balada de Molly Sinclair*. Vuelve ahora al verso, aunque en realidad nunca lo haya abandonado, con *Condición de los amantes*, que documenta una historia de amor, uno de los asuntos inevitables de la literatura. Pero lo hace cumpliendo algunas de las condiciones, o más bien exigencias, de la posmodernidad: sin énfasis, con desapego y algo de ironía, buscando la emoción con delicados *jabs* verbales, que minan y, por fin, noquean. Si lo pensamos bien, eso tan posmoderno es muy clásico: «Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala», decía Cervantes por boca de maese Pedro. En muchos poemas, Vico le habla a la amada, como en el trovadoresco «Tema libre»: «La mano saciando la sed. La sed vaciando la mano. / Cortinas ondeando en la habitación / sin la habitación. / Y entonces tú, gacela insomne, / dime dónde temblarás / cuando toda esta noche / haya ardido». En otros, como «La fiebre», recuerda a la contadora de historias que la amada ha sido, y en «Ciencia infusa» canta «el delirio de [su] carne resurrecta». Pero este relato erótico se desgrana con una voz asordinaada, que persigue un ritmo despojado, una dicción que suscite otra escucha y, en consecuencia, otra comprensión, más íntima, más entrañada. Su voz atiende a las pequeñas cosas, a todo eso que, en la vida cotidiana, queda enterrado bajo el peso de lo importante, o de lo que intentan convencernos que es importante, y comunica la fragilidad de todo, la ruptura de todo, la descomposición de todo.

En *Condición de los amantes* se denuncia la impostura o insustancialidad de tantas cosas y se transparenta la propia falsedad del tiempo, en el que flotan los pecios de la realidad y donde los amantes luchan, a sabiendas de que es una batalla perdida, por erigir el quebradizo monumento de su amor. Trasunto de este deshilachamiento y este vacío, algunos poemas no se rematan: quedan inacabados, como, precisamente, «Retrato inacabado», que se cierra —pero no se cierra— con dos puntos a los que no sigue nada, o el ya mencionado «La fiebre», cuyo último verso dice «como», sin más. Se trata de representar «el modesto drama de seguir / siendo uno mismo», como precisa Juan Vico en «Delectatio amorosa», y no es pequeña tarea, aun siendo modesta. Pero que la voz sea baja y el tono, desengañado, no significa que los poemas sean grises. En este camino de reconocimiento —e impugnación— de la superchería de todo o casi todo, salvo el amor, *Condición de los amantes* luce un vigor metálico, en el que estallan imágenes abrasadoras: en «Ruego», hay un «desdén de algodón y consonancias», y los adoquines de la calle son «traslúcidos», y la tarde desvela, aliterativamente, «la razón de su ritmo mamífero». Otros dos rasgos contemporáneos singularizan este poemario singular: el interés metapoético, que se plasma en incisivas reflexiones sobre la propia literatura —y también en técnicas que denotan el placer del lenguaje por el lenguaje, como los juegos de palabras, los poemas casi caligramáticos, los homenajes a George Perec y las piezas urdidas con textos que no nacieron poéticos, como los grafitis de las paredes de Bolonia—, y el interés cinematográfico, que cuaja en composiciones muy visuales, de textura fotográfica, con sutiles remisiones a clásicos como *Johnny Guitar*. «Miénteme así:» —escribe Vico en «Mitología personal»— «déjame creer / que un himno es apenas una naranja / y que esta alabanza esculpe piedras / sin peso».

Atauriques cincelados en el aire

MANUEL CARBAJOSA AGUILERA

Rafael Montesinos

Poesía completa (1944-2005).

Rafael Roblas Caride y Rafael César Montesinos (ed.). 2 vols.

Polibea, 2021.

Siempre es agradecido reencontrarnos con el verbo de Rafael Montesinos, no solo para quienes enfilamos el camino de recogida (los ecos de la niñez, / mármol raído del tiempo; / qué rumor de sus latidos / en las esquinas del viento), sino para esas nuevas generaciones que afortunadamente disponen de esta edición para descubrirlo (p. XVI).

Encontrarán afinidad cuando escribe “Y yo me puse a pensar / que era mejor la corteza. / Tiré las migas de pan” (p. 32) tan propios del estado estético de “diecisiete caballos galopando, / en el dulce pecado de la carne” (p. 100). Sobresale la temprana presencia de una fecha clave en el poeta: veintiocho de febrero (p. 37). Sin embargo, a su verso y al amor se les cruza la Soledad de San Lorenzo (pp. 42-44) ahondándole para siempre en la incandescencia herida de los últimos cielos de la Ciudad (II, p. 150).

En *El libro de las cosas perdidas* alarga el fraseo y la sombra ante la inminente y cernudiana caída en el mundo: “Falta un niño en el patio y sobra el hombre / que viene de otras tierras / a buscar en el aire lo perdido, / y el aire le despierta” (p. 72). Desacompasado de la realidad, escribe: “Estoy harto ya de todo / lo que toco y lo que veo. / En lo que creí no creo, / y si creo es a mi modo” (p. 104). Este quiebro vital le sumerge en *Las incredulidades*: “El río va sonando / de mis ojos al mar. / Y cuando el río suena, / algo mío tendrá” (p. 131). Rafael subraya cómo hiere lo perdido con la Semana Santa: “Llevo en la garganta/saetas partidas, / y en la sangre el triste / tambor de otros días” (p. 140); otra espina más ante el desvelamiento del mundo: “Dolor de haber tenido / el corazón entero, / de crecer para un mundo / y encontrarlo mal

hecho” (p. 145). Montesinos percibe que su salvación está en volver (p. 171), aun sabiendo que solo se desanda el alma (“Las mañanas eran claras, / porque mi vida lo era; / no porque fuesen mañanas” II, 80). Esboza una querencia rebelde por la Sevilla íntima y otra: “Hombres de hierro oscuro / crucificaron/tu árabe cielo mío / despreocupado” (p. 198), que retomará en “1248” (II, p. 381).

En *País de la esperanza* reconoce que “A batacazos de esperanzas sigo / por mi camino de desesperanza” (p. 238), sentenciando en *El tiempo en nuestros brazos*: “Será preciso morir / para despertar del sueño / que estamos soñando aquí” (p. 325). A fin de cuentas: “Sólo es verdad aquello / que en la memoria existe” (p. 331). En *La verdad y otras dudas* se duele de Andalucía (p. 367), identificada con “el blanco carpintero de Judea, / el hijo de María, el pobre obrero, / símbolo de su clase, agonizando” (p. 403), hondo sincretismo de las creencias populares andaluzas.

En *Último cuerpo de campanas*, tras la soleá “Qué me importa que estés lejos, / si sé que tú estás pensando / en lo mismo que yo pienso” (p. 419) escribe al capricho del amor: “Cuando al fin te despojas / de la careta y tiras/tanta ilusión al suelo del olvido, / entrísteces de pronto / al que creyó en la pobre eternidad” (p. 422). Retoma el eco manriqueño: “Ríos de luz por mis venas, / que van a dar a la mar” (p. 429), al que volverá en *La vanidad de la ceniza* (II, p. 190). En una síntesis hermosa de la *Tellus Mater*, Rafael ve cómo Astarté “lloró —puro bronce— junto al río” (p. 447).

En *De la niebla y sus nombres* qué tremendo aquel “Éramos niños en aquella guerra / que nuestros padres inventaron” (p. 508). Y cuánta ternura de amor a su Ciudad en *Madrigal de invierno*: “Una caricia tuya bastaría / para salvarme (...)” (p. 524); o ese monumento que es *El rito y la regla* (pp. 528-529), porque cuando el tiempo nos alcanza la *Madrugada del destierro* nos desvela cómo “Ya duele el azahar en la memoria” (p. 530). Eco de aquel Bergamín en: “Anda y sécate esas lágrimas, / que aquel que inventa un querer / se pilla en su propia trampa” (p. 541). En el éxodo existencial “La rosa del dolor nunca marchita”, evocando el lejano aliento de sus eternidades: “(...) en la altísima

torre / o en el jardín aquel donde empecé escribiendo / en cuerpo de mujer versos futuros” (p. 547). Trepa incansable la hiedra de los años sobre las ruinas del latido condenado: “Soy sombra de la sombra que fui” (p. 564).

En el volumen II, ya *Con la pena cabal de la alegría* Rafael se busca “en la penumbra de los años” (p. 64), convencido de que “Amar en el Sur es habitar el paraíso” (p. 68). De ahí que, aferrado a su varal en el destierro, confiese: “Hay que tener esta ciudad muy dentro, / para olvidarse de la externa” (p. 77). Y anima a los jóvenes a seguir besándose bajo la lluvia “pues nunca volverá a llover así / sobre vuestros lentos paraguas” (p. 85). En *La vanidad de la ceniza* admite que frente “al vendaval que te arrastra” (p. 120), solo queda el amor: “Yo creí que el cielo estaba / en la ciudad de su azul / y ahora he caído en la cuenta /—dame tu mano y sigamos—/ que el cielo lo llevas tú” (p. 143). Abrazado al pálpito herido de sus lejanías, escribe: “El agua que está cayendo / está llorando por algo / que a mí me llueve por dentro” (p. 189).

En *Otros poemas*, ese “Mentido abril en brisa de febrero” (p. 225) es retomado después con elegancia desbordante: “Cuando abril en el aire se presiente, / suben torres al cielo de Sevilla, / o bajan a su río suavemente” (p. 313). Sin embargo, Rafael vuelve a entenebrarse: “Valgo yo más en mi tristeza / que en tu frialdad (...)” (p. 242) porque “Donde los labios me pusiste / sólo el silencio cabe ya” (p. 243). Y recordando su infancia “andaluzamente alada” (p. 261), reconoce: “hijo soy de la luz que cada día / giraldea gozosa sobre el viento” (p. 266). Confesando: “Señor, en Ti creía porque entonces / el mundo era distinto” (p. 297). Y se pregunta: “¿Todo termina, o todo empieza? / ¿Por qué quería yo saber / que iguales son en su tristeza / la aurora y el atardecer?” (p. 322). O la soleá: “Qué cosas tiene el amor. / Mirando de medio lado, / l a guardó en su corazón” (p. 336), pues el milagro del amor nace del manantial de unas miradas que se atrapan en un brote de dulzuras, liberándose del tiempo. Reivindicativo, grita: “Levántate, Andalucía, / que a mí no me engañas tú / disfrazada de alegría” (p. 362). Tras cantarle a la juventud que “(...) arrolla con su besos las

palabras / antes que el desengaño las pronuncie” (p. 393), piropea a su Ciudad: “Tanto he llorado por ella / que cuando escribo “Sevilla” / sale borrosa la letra” (p. 399). Remata con: “Sobre las aguas del río / nadie se pone a escribir, / porque nada queda escrito. / Sólo en la tierra final/Dios escribe nuestra vida, /y no la puede borrar” (p. 415).

Son tantas las pinceladas como lecturas hagamos. Rafael Montesinos ayuda a religarnos con el eco del Paraíso que resuena en las auroras del alma, entrelazando el Tiempo que nos condena y el Amor que nos sostiene y nos salva. Ante la excelencia de este monumento literario, no exento de amarguras (p. XII), cabe esperar que disfrute de futuras ediciones con la concurrencia de nuestras instituciones culturales.

Certezas que tiemblan

TERESA GÓMEZ

Juan Javier Ortigosa

Con voluntad de amanecer

Sonámbulos, 2022.

Con voluntad de amanecer es el primer poemario de Juan Javier Ortigosa. Se trata de una sólida y atractiva construcción de cuatro plantas que, bajo la apariencia de una arquitectura sencilla, encierra frondosos jardines y espacios donde la vida se remansa para reflexionar sobre las grandes verdades, donde refugiarse del conflicto existencial o donde apartarse momentáneamente del desencanto y la desconfianza en la sociedad que a menudo emana de sus versos.

En la primera parte, “Vidas cruzadas”, encontramos el poema introductorio “Las carencias del verbo”, que nos informa del libro con el que nos vamos a encontrar con la misma eficacia que si se tratara del prólogo más concienzudo. Una magnífica carta de presentación donde el poeta nos expone las consecuencias de su descubrimiento “la lengua es una agenda marcada por la ausencia”, una reflexión sobre

el lenguaje y su capacidad tanto para la comunicación como para la incomunicación. Tras desvelar los engaños a los que le ha conducido la indagación en su propia memoria individual, familiar y social, en cuanto a las diferentes *personas del verbo* (nótese aquí el juego que establece con el título de Jaime Gil de Biedma), se dispone a ajustar cuentas con la primera persona: “el desorden como la soledad, / es una disciplina”.

En “La ausencia y otras geografías”, la segunda parte del poemario, los versos devienen cicatrizantes de la herida que deja la ausencia: “Hay en algún lugar un almanaque / que ha dejado de latir, / una agenda que te busca entre sus hojas, / un reloj sin vocación en la pared.”

“No hay sueño sin una gota de sangre / ni fango que no albergue buenas intenciones” nos dice en “Entre dos ciudades” donde encontramos los poemas más cercanos al conflicto social, en los que aborda con delicadeza, aunque con crudeza, los temas que le angustian: soledad, claudicación, miseria... y donde encontramos otra pista fundamental sobre lo que significa amanecer en su vocabulario poético: “Búscame, porque hay certezas / que tiemblan con el amanecer.”

En el epílogo del libro, “La cuarta pared”, con fina ironía expone cómo nos interpela la poesía poniendo, a su vez, en cuestión su capacidad para atrapar las emociones de cada lector y, en definitiva, su capacidad sanadora.

Lo primero que se advierte al ojear este libro es que se trata de un escritor que se levanta sobre los hombros de los grandes poetas y las grandes poetisas que le precedieron. Se ha sumergido en la historia de la poesía con todo su cuerpo y toda su sensibilidad haciendo suyos recursos, artificios, mecanismos formales, estructuras simbólicas... y nos ha entregado un libro construido sin prisa, apuntalado en la tradición literaria, en su propio imaginario afectivo y social. Apostando por afrontar tanto los conflictos y contradicciones que le genera la asunción de su condición de escritor y la construcción de una identidad literaria, como el compromiso con la sociedad que, tan a menudo, lo decepciona pero de la que no reniega. Interpretando a menudo lo colectivo en términos de intimidad, sin llegar nunca a sentir desafección con lo humano: “... la poesía / es

intimidad y compromiso, / que sale a la calle y vuelve con barro en los zapatos.”

Quiero destacar de su poética esos breves poemas de los que está salpicado todo el libro, capaces de condensar y sintetizar su inquietud existencial, preocupaciones y obsesiones, con tal contundencia que roza la sentencia filosófica y que nos asaltan camuflados entre su ritmo endecasílabo como luciérnagas que iluminan mágicamente el espacio donde brillan: “Miro a mi abuelo y leo en su rostro / El cansancio de mi padre. / Pienso que algún día

Yo también heredaré / La noble tarea de ser un hombre bueno” (Es el hombre bueno de Machado, en el buen sentido de la palabra “bueno”).

Este libro está escrito en Granada, donde confluyen diferentes tendencias y grupos poéticos, lo que da origen no solo a diferentes poéticas sino a diferentes formas de entender la propia poesía. De todas ellas ha bebido Juan Javier y podemos rastrearlo en su poética, pero quizá resuena de una forma excepcional la voz de Javier Egea, en el ritmo, en determinadas figuras, en el vocabulario poético, o en el propio título del libro *Con voluntad de amanecer*, interesante *remake* del “Hoy sólo sé que existo y amanece” de Egea. A él está dedicado “Para escribirte una carta”, uno de los poemas más conmovedores de su libro. Pero también encontramos referencias a Luis García Montero (“Vista cansada”) a Ángeles Mora (“Ficciones para una autobiografía”) e incluso a mí misma.

Juan Javier reformula toda esta tradición, desde la más lejana en el tiempo hasta la más cercana, desde la más lejana en el espacio hasta la más próxima, logrando así una voz nueva de sorprendente madurez en la que el conflicto social, lo colectivo, lo ideológico, dialoga con el conflicto existencial, respondiendo su poética a la afirmación del maestro Juan Carlos Rodríguez: “El viaje hacia la literatura se convierte siempre en el viaje hacia nuestra propia vida”

Creo que, sin miedo a la exageración, podemos pensar que estamos ante el primer libro de un joven cuyo talento poético dará mucho que leer y sabemos que no nos defraudará porque en los dos últimos versos del libro nos hace una promesa: “dejaré la puerta abierta / por si acaso”.

Respirar por la herida

FLORENCIO LUQUE ALFONSO

Manuel Ángel Vázquez Medel

Remota luz

Huerga y Fierro, 2019.

Uno se puede adentrar en la vida, transitar sus días, llegar al silencio, de muchas formas. Decididamente, para quien camine por las páginas de *Remota luz* (todo poemario es un fragmento de vida), lo que ha de encontrar es la necesidad de dotar de sentido (a pesar de tantas encrucijadas, de sabernos efímeros) a nuestros pasos. De otra forma: con una apuesta por la esperanza, pues, dice Spinoza, *la verdadera libertad del hombre tiene que ver con la fortaleza, esto es, con la firmeza y generosidad*. En efecto, Manuel Ángel Vázquez Medel (Huelva, 1956) catedrático de Literatura Española en la Universidad de Sevilla, autor de una treintena de libros de investigación, invierte el verso de José Ángel Valente (*Hay una luz remota, sin embargo, / y sé que no estoy solo;*), pero asume plenamente el título del libro del poeta de Orense (*A modo de esperanza*) y cruza el desierto convencido de que *no está solo, aunque después de tanto y tanto no haya/ ni un solo pensamiento/ capaz contra la muerte*, y de que la fortaleza, la generosidad, la esperanza, se abren a *Todos los sueños del mundo* (magnífico poema que, a modo de coda, cierra el poemario).

Remota luz se estructura en tres apartados, con clara intención, por parte del autor, de orientar nuestra lectura. Con *Hacia el laberinto* se inicia la primera parte y en ella el *Hombre solo en la noche, semejante a las sombras*, es invitado a no ocultar su rostro, ya que *la compañía es buena: también para el olvido*, y por ello es animado a compartir su soledad, a transmutar el dolor en belleza, a sumarse al recorrido que han de trazar los pasos (aunque estos sean acunados por el viento y la nada) para adentrarse en el laberinto, los diez poemas que componen esta primera parte, con una clara voluntad de *Avanzar hasta el filo del abismo/ y entregarme sin miedo/ al fondo que se oculta/ y me acoge*.

Laberinto del tiempo, la segunda parte del poemario, es un largo poema, *Ciudad sumergida*, dividido en diez estrofas. En ellas, Medel, se instala

en el centro del laberinto y allí, en la *Misteriosa ciudad, ciudad perdida, / anclada, como yo, en el laberinto/ del tiempo, dolorido y caprichoso*, es zarrandeado por recuerdos anhelos, interrogaciones (*Algunos me preguntan: ¿dónde está/ la ciudad sumergida, / en qué mapa se leen sus coordenadas, / al sur de qué lugar duermen sus avenidas?*) de las que solo puede salir a través del amor, de la amistad, de entender la vida como vida compartida: *Té tengo entre mis brazos cuando miro; / sostengo tus columnas contra el tiempo.*

La cita de Paul Valéry *Le vent se lève!... il faut tenter de vivre!*, inicia la tercera, última, parte de *Remota luz*, *El hilo de Ariadna*, para insistir en que los caminos que nos conducen a la salida del dédalo, en clara alusión al aporte femenino, los proporciona el amor: *Amar las cosas/ como si fueran tan eternas/ como la luz que estuvo/ y que estará al final*, nos dice el poeta en *Un adiós a París*, para agregar *que también en las noches más negras de mi vida/ mi corazón repite: / "Tiene que haber un punto, una salida, / el sitio de seguir más verdadero". / Y el alba me sorprende/ cercenando las sombras/ con el hacha de plata. / (Como al sol...)*.

Poemario, *Remota Luz*, en suma, que invoca el *Principio de esperanza* de Ernst Bloch (catedral laica lo llamó Laín Entralgo), no entraré aquí en detalles de carácter ideológico, el gozo de ser (aún palpita el argumento ontológico de Anselmo de Canterbury), en el *Elogio del riesgo* (poema dedicado a Anne Dufourmantelle, "filósofa del riesgo"), que *en estos tiempos tan negros, tan llenos de miseria, / nos deja un mensaje de esperanza, / porque la vida auténtica es la vida compartida*.

Todos los cuerpos de Cristo

JUAN PABLO ZAPATER

Antonio Praena

Cuerpos de Cristo

Visor, 2021.

Desde que se dio a conocer entre sus lectores, la poesía de Antonio Praena nunca ha dejado de sorprendernos. Si en sus precedentes entregas nos conmovió, nos hizo reflexionar, despertó

nuestras conciencias y hasta, en cierto modo, nos escandalizó escarbando mediante sus versos en la debilidad de la condición humana —así ocurrió en su anterior libro, *Historia de un alma*, un «libro espejo» como el propio escritor lo define—, en este caso, a través de los textos que ocupan las páginas del poemario que reseñamos, *Cuerpos de Cristo* (ganador del XIX Premio Emilio Alarcos), el autor se vuelca quizás como nunca en el testimonio directo y personal, esta vez sin un sujeto poético interpuesto, de una etapa reciente y reveladora de su propia existencia.

Y dicho testimonio nos viene dado con el estilo y el lenguaje que hacen hoy de Praena una de las voces más singulares y reconocibles del presente panorama de la poesía española. Una voz que atesora la muy difícil virtud de amalgamar en su talentosa escritura, de manera absolutamente natural, la forma clásica con la dicción moderna, los postulados teológicos más arcanos y profundos con los conceptos y expresiones más rabiosamente actuales. Igual nos habla en este libro del Misterio de la Encarnación como de los selfis y la mefedrona, de las flores del espino blanco como de un centro de alimentación de Cáritas. Y todo ello lo hace en perfecta armonía, sin estridencias, emocionándonos con la lectura de cada nuevo poema.

En la primera parte del libro, titulada «Vosotros», Praena nos muestra una galería de reflexiones y de acontecimientos, más o menos próximos a su vida, pero que han sacudido hondamente su conciencia. Tanto nos habla de personas anónimas como de personas por todos identificables, tanto de seres cotidianos que le entregan su amor regalándole una simple pastilla de jabón como también de seres que han resultado vitalmente vulnerados por razones distintas y trágicas, del mismo Federico García Lorca, de Amy Winehouse, o de ese amigo íntimo y desesperado del propio poeta con el que intercambia cartas en el límite de la vida y de la muerte, un intercambio epistolar que contiene versos tan bellos y estremecedores como estos: «Deja que vaya a misa tuya algún domingo. / Deja que diga que quizá crea en Dios. / Deja que vuelva a abrir tus versos, / aunque te haya cerrado con mis labios. / Deja que caminemos juntos por la calle / bajo el neón de los anuncios.

/ Deja que ocurran nuestros días en Valencia, / radiante sucesión, mecha inflamada, / tú en tu zona elitista, / yo en los barrios del puerto, / pero cerca del mar, / para que cuando, al fin, venga la muerte / puedas tomar un taxi, / llegar hasta mi casa, / darme la unción de los dolientes / y encender otra vela».

Leyendo esta primera sección del poemario, como también examinando la segunda, nos damos cuenta de que estamos ante una obra escrita con vocación de alteridad, pero entendiendo esta última más allá de la mera «capacidad de tener una mirada del mundo desde el punto de vista del otro», es decir, entendiéndola incluso como la «capacidad de interiorizar y asumir como propios los sentimientos de alegría ajenos, pero sobre todo sus sentimientos de dolor y sufrimiento». Así, en uno de los contados poemas en que toma claro protagonismo el autor y que está dedicado «Al corazón transverberado de Santa Teresa», podemos leer estos confesionales versos: «A un corazón como el mío / le conviene caminar con espinas. / No sabe del amor quien sale indemne / de la carne del otro. / Quien no ha sido dolor para sí mismo / de este mundo se marcha sin un trozo de él / incrustado en su centro».

La segunda parte del libro, titulada «Ecce Homo», está dedicada a Francisco, el mejor amigo del poeta, fallecido durante la primera ola de la pandemia que nos ha devastado estos años. Los textos fueron escritos durante los días de su enfermedad, como si se tratara —según confesión del propio autor— de la transcripción de un «diálogo mental» que se desataba tras hablar por teléfono con la madre o recibir noticias del sufriente. Pero no estamos ante unos poemas tejidos de infértiles lamentos frente a la pérdida repentina de un ser amado, en medio de su edad de esplendor. Estamos ante unos versos que relatan la crónica palpitante de una pasión asumida —y yo diría que hasta somatizada por quien la cuenta— y dejan constancia de una prematura muerte vivida en primer término: casi un breve tramo de evangelio escrito por una especie de apóstol de nuestros días.

El cuerpo de Cristo no es aquí el cuerpo de Cristo, sino todos los cuerpos que lo representan y que igualmente pasan por los miedos y las

dudas de su propio Getsemaní, por el flagelo de la enfermedad, por el expolio de sus sentimientos y por el gesto final, las palabras y silencios que preceden a su adiós definitivo. Praena nos dibuja con sus versos el retrato abstracto de un “viacrucis” compartido, de una muerte injusta, de un joven adiós a la vida cuando esa vida debería estar gozando de toda su plenitud. Y también del desamparo de una madre despojada de su hijo y que acaba convirtiéndose en otra madre para el poeta y de alguna forma para todos nosotros. Poco importa que el escenario del suceso no sea el Monte Gólgota, sino una cama del Hospital Gregorio Marañón de Madrid, y que los clavos de la crucifixión sean ahora las afiladas agujas de los goteros clavadas en la carne. Lo que verdaderamente importa no es la grandiosidad del decorado, sino la trama de la obra real a la que asistimos, su trascendencia, su meditado mensaje, y si de él podemos inferir algún atisbo de luz que nos ilumine en las horas más oscuras.

El poeta, como hemos dicho, se transforma en una especie de evangelista posmoderno y dialogante que nos da cumplida fe, poniendo en juego los cimientos de la suya, de lo que acontece ante sus ojos y oídos, de lo que por dentro y por fuera de sí mismo se va convirtiendo en un desenlace irremediable, al mismo tiempo que supone un proceso de necesario y aceptado abandono de todo en brazos de la esperanza y de la resurrección, dos conceptos tan bellos como intangibles.

Así nos dice en este fragmento de su poema titulado «Lo real»: «Pero es verdad: / te espera el más inmóvil de los viajes / y somos viento en contra yo y mi falta de fe. / Prometo rendición, prometo comportarme como un hombre. / Dar las gracias prometo. No más queja prometo. / Prometo no volver a prometer / las cosas que ya han sido y que ya son / más reales incluso que yo mismo, / definitivamente hermosas porque libres / de todo lo que entonces nos unía, / de todo lo que ahora nos separa».

Antonio Praena nos habla en las dos partes de este libro con la garganta de los otros, para el oído de los otros y desde el corazón de los otros, pero utilizando su genuina y privilegiada voz. Y es que en estos poemas universales aparecemos todos, cabemos todos sin excepción y, por

supuesto, él mismo. Y nos hacemos presentes en sus versos porque todos y cada uno de sus protagonistas, los nombrados y los no aludidos, los creyentes y los no creyentes, somos en definitiva los auténticos *Cuerpos de Cristo*.

Como decía en vida nuestro admirado Premio Cervantes, Francisco Brines, hombre sabio a quien no me canso de citar: «Cuando lees a alguien que puede ser incluso lo contrario que tú, y por la emoción estética asientes al contenido, se establece algo muy importante: la tolerancia. Así, **si un creyente lee un poema agnóstico y se emociona**, ese creyente se hace tolerante, aunque sea por un momento. De la misma manera que **si un lector ateo lee a San Juan de la Cruz**, puede que no crea en la mística, pero sí creará en el hombre que se apoya en ella...»

Eso mismo le ocurre a cualquier lector que se acerca a la poesía de Antonio Praena. Acaba creyendo en ella porque al leerla no halla dogmatismos sino comprensión, nunca vanas palabras sino emociones verdaderas, porque cuando en ella comparece la religión siempre está al servicio del hombre y jamás el hombre al servicio de la religión, porque en sus versos encuentra un rastro de huellas encendidas sobre el camino oscuro que debemos recorrer: esos versos que Antonio convierte en belleza y luz que nos ilumina, que nos acerca a lo que él mismo llama el «centro», mientras avanzamos entre las sombras y las tinieblas de nuestras azarosas vidas.

Un lugar imperfecto

SUSANNA GONZÁLEZ TURIGAS

Corina Oproae
Desde dónde Amar
 Pre-Textos, 2021.

Desde el primer instante de nuestra existencia, nos acompaña la muerte de aquellos que somos, la de aquellos a quienes amamos o con quien convivimos, la de los lugares que nos guarecen, los objetos que los adornan, los utensilios que nos sirven. En ocasiones, la muerte pasa desapercibida, otras, agujero negro, absorbe toda

posibilidad de presencia, gravedad incontestable del vacío.

La palabra adquiere su sentido más profundo tras haber tomado conciencia de esta suerte, de la imposibilidad de traspasar la linde, de la necesidad de volver. La palabra se asoma, pero regresa. Es a su regreso que habla de la vida, de su rostro cambiante en cada uno de los rostros. De los surcos en la piel, de las expresiones y los gestos, del tránsito de la luz, del ostracismo y del amparo, de los días y las noches, y de sus afectos.

La poesía encuentra su razón de ser como pregunta irresoluble y necesaria, canto coral de tantos testigos del exilio. Corina Oproae, en su libro *Desde dónde amar*, publicado recientemente en la editorial Pre-textos, es la voz que cuenta nuestra historia, la de todos, y evidencia lo precario del encuentro con el prójimo, siempre tan breve y definitivo. Una historia que no puede corregirse, en la que prevalece la carencia. Siempre nos faltó algo. Hubiéramos querido disponer de un poco más de tiempo, de la palabra justa, el consuelo, un pedazo de tierra compartido en el que descansar.

Tal vez sea el Jardinero, figura inquietante y ambigua, aquel “que vuelve de la muerte”, como dice la cita que encabeza el libro, el sabedor de esa palabra que se nos quedó entre los labios. El Jardinero la custodia, como custodia el tiempo. El Jardinero no habla, recoge las hojas caídas.

En *Desde dónde amar*, Corina Oproae nos habla de una lengua que se gestó en el vientre de la materia. Quienes la habitan, la madre, el padre, la niña, el hijo, son figuras cuyas sombras se alargan. Las palabras brotan de su ser absorto, fijos los ojos en un continuo suspendido, como mirada de ángel que contempla las ruinas. Cuanto más lejos queda la inocencia, más grave es el tono, mejor se perfila su contorno.

Adquirir la conciencia nos hizo perder el contacto inmediato con las cosas, el trato inocente, despreocupado. ¿Acaso, nos lo devolverá la última palabra, sin cerrar el círculo? El afecto consiste en quedar tocado por el otro, alterando así el retorno absurdo de lo mismo. Habrá que encontrar un lugar imperfecto desde donde

amar. No hay tiempo que no hiera y, aun así, la posibilidad imperfecta del afecto actuará como un bálsamo, efecto cauterizador de la sal.

“Sin herida, solo oigo a la postre el eco de mí mismo. La herida es la apertura, el oído para lo otro”, dice Byung-Chul Han, en su último libro publicado *No-cosas*, autor citado en la segunda sección de libro de Corina Oproae. Por ello, preguntarse desde dónde amar, es preguntarse por un lugar, incardinación que nos compromete sin remedio.

La poeta anduvo por los mismos caminos, los nuestros; dibujó el semblante de nuestros padres y de nuestras madres sin saberlo, repitió las palabras que se nos habían quebrado, dijo de la muerte de los cerezos como si hubiera estado, del tono del ocaso como si lo hubiera visto, y aún les habla. Al parecer, el corazón es un lugar desordenado, “ya no hay nada en mí que no sea mío”. Tal vez, todo eso es patrimonio común. Una esencia no ligada a la subjetividad que abre y amplía el espacio que ocupa.

Oproae merodea el desolado paisaje del recuerdo y pone a salvo todo lo que puede, se deja atravesar por lo que apenas son rumores y figuras espectrales. Ancla, aunque sea fijando el lapso que originó el miedo. Debemos buscar en nuestros adentros, “el alma se recrea en el cuerpo”, dice. Buscar la niña en la mujer adulta, el pasado en el presente, la realidad del sueño en la realidad de la vigilia, la alegría en el dolor, la sombra en la luz.

Recomponer el vínculo, ser lugar efímero que se sostiene a sí mismo, cobijo, hueco o cúpula en la que ver la luz nocturna, los destellos lejanos de un universo roto. Perdidos, resonar. El lugar desde el que amar es un constructo que se forja con lo vivido, que se pasta con la excrecencia de un cuerpo que nace y muere constantemente, con sus flujos.

No habrá respuesta, sino el devenir de lo cotidiano. Perseverar, conservar ese suelo inútil en el que nacen y perecen las flores. El único lugar desde el que poder amar. Conversar con tantas voces cómplices, tener sus palabras a cuidado, abandonarnos como aquellos “que dejan sus cuerpos junto a la luz / sin siquiera saberlo”.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
**Jesús Aguado, Enrique Baltanás,
Rosa Beltrán Palomino, Juan Bonilla,
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Maquetación e impresión
Imprenta Sand

ISSN **2341-2224**
DL **SE 618-2014**

Contacto y suscripciones
estacionpoesia@us.es
C/ Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

La revista agradece el envío de material no solicitado para su consideración, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre el mismo.

Todas las colaboraciones de este número son inéditas en el momento de su publicación en *Estación Poesía*.

© 2022 Editorial Universidad de Sevilla
© De los textos, sus autores